



Perlas & Curiosidades (Vol 2)

Reflexiones, acontecimientos y aprendizajes en la caminata de los hermanos

Autor: GodMakes.com

Relatos, reflexiones y curiosidades significativas vividas en la caminata cristiana de los hermanos, con lecciones, sorpresas y detalles que fortalecen la fe.

Publicación: 24/abr/2026

Introducción

Este segundo volumen de Perlas & Curiosidades nace como una continuidad natural del primero. Después de los primeros relatos, reflexiones y aprendizajes registrados, percibimos que el caminar con Dios sigue produciendo nuevas pequeñas perlas: momentos sencillos que revelan el cuidado del Señor, preguntas que nos ayudan a madurar, acontecimientos que nos enseñan y detalles que podrían pasar desapercibidos, pero que fortalecen la fe.

El primer volumen reunió parte de esta jornada y dejó registrado un poco de lo que Dios ha hecho entre nosotros. Este nuevo volumen sigue el mismo camino, pero con nuevas experiencias, nuevas conversaciones, nuevas percepciones y nuevos testimonios. No es una repetición de lo que ya fue dicho, sino una continuación viva de un caminar que permanece en movimiento, siempre bajo la gracia de Dios.

GodMakes continúa siendo un espacio de comunión, devocional, oración y crecimiento espiritual. Somos hermanos en Cristo que buscamos conocer más al Señor, meditar en Su Palabra con sinceridad y permitir que la verdad de Dios transforme nuestra vida diaria. Cada encuentro, cada reflexión y cada testimonio nos recuerda que la fe cristiana no es solamente teoría, sino vida práctica delante de Dios.

En este volumen, reunimos relatos y reflexiones que apuntan nuevamente a la fidelidad del Señor. Son experiencias de cuidado, dirección, consuelo, corrección, provisión y aprendizaje. Algunas pueden parecer grandes a los ojos humanos; otras parecen pequeñas, pero llevan una profundidad espiritual que edifica a quien observa con el corazón abierto.

También permanecemos atentos a la misión. GodMakes sigue apoyando, conforme Dios permite, iniciativas que expresan el amor de Cristo de forma concreta, incluyendo el cuidado de niños que viven en situación de necesidad en Mozambique. Lo hacemos con sencillez, responsabilidad y transparencia, reconociendo que toda buena obra pertenece al Señor.

Nuestro deseo es que este segundo volumen continúe acercándote a Jesucristo. Que cada capítulo despierte gratitud, fortalezca tu fe y te ayude a percibir que

Dios sigue presente en los detalles de la vida. Él todavía habla, sostiene, corrige, consuela, responde y guía a Sus hijos con amor.

Que esta lectura sea una oportunidad más para caminar con nosotros, aprender de la Palabra, reconocer las obras del Señor y glorificar a Dios por lo que Él ha hecho y aún hará.

Índice

No traiciones el sueño de aquel niño que fuiste	5
¡Jesús tocó a mi puerta!	8
¿Cuándo la Iglesia aleja a las personas de Cristo?	11
Aprendiendo con un Burro	13
Ellos Nunca Lo Olvidarán	15
¡Dios me dio pescado y mucho más!	18
¿Cansado de tragar sapos? ¡Es para beberse la laguna entera!	20
Caminar con Dios es bueno	23
¡Las pedradas pueden convertirse en castillo!	25
¡No esperes al sufrimiento para glorificar a Dios!	28
¡Jesús es el Consejero que Necesitas Escuchar!	30
La fidelidad no es una opción: ¡es un fundamento!	32
¡Amor, herida y el obrar del enemigo! ¡Dios habla!	35
¿La Biblia en el celular es buena?	38
Fija los Ojos en lo Alto y Permanece Firme	40
¿Cuál es el mayor orgullo de un padre?	42
¿Dios permite el placer en las cosas buenas de la vida?	44
La Biblia no es una lotería espiritual	46

No traiciones el sueño de aquel niño que fuiste

Testimonio: Jurandir

¿Cuál es tu sueño? ¿Qué anhelas de verdad—no solo delante de Dios, sino en toda la vida? Me hice esa pregunta muchas veces, y durante mucho tiempo la respuesta brotó de los silencios sencillos de mi niñez.

Crecí junto a una mesa de dominó. Mi padre era mecánico de mantenimiento; mis tíos—uno técnico en electrónica, mi gran referente, quien me enseñó a amar la lectura y a trastear con cables, resistencias y misterios—y otro maestro de obras. Mis tías cocinaban ollas generosas de pollo, y la conversación, sin rodeos, volvía siempre al trabajo: “el ingeniero dijo que hiciéramos esto”, “el ingeniero mandó aquello”. Yo, pequeño, jugando con carritos a sus pies, pensaba: ¿quién es ese ingeniero que le dice a mi padre y a mis tíos mayores qué hacer? Debe ser extraordinario. Y, por dentro, decidí: un día seré ingeniero.



En aquel entonces, la universidad no estaba en nuestro horizonte. Mis padres habían estudiado poco; todo quedaba lejos; nada era fácil—aunque, por gracia, el hambre nunca nos visitó. La meta era terminar la secundaria básica y hacer un curso profesional—SENAI, algo que pusiera comida en la mesa. ¿Ingeniería? Parecía otro planeta. Aun así, la semilla quedó. Y la regué como pude: un curso

técnico aquí, otro allá; mecánica de aire acondicionado; eléctrica; el suelo de fábrica enseñando más que cualquier manual.

Un día me ofrecieron ser supervisor de mantenimiento. Mi jefe fue claro: “Necesitas estudiar más; el cargo exige título técnico.” Tragué la inseguridad, entré en electrotecnia y, con mucha lucha, me gradué. El contrato exigía el diploma; como ya estaba estudiando, me permitieron seguir como supervisor. Trabajé duro, moviéndome entre contratos y aprendiendo con cada cambio. Luego, el cliente me invitó a ser coordinador—pero no tenía universidad. Ya había empezado ingeniería, pero la vida frenaba: sin dinero, sin tiempo; un curso de cinco años me tomó diez. Paré y retomé, una y otra vez. Y entonces, a los 52, recibí el diploma: ingeniero electricista.

Muchos me dijeron que hiciera otra cosa—más corta, más práctica, más “acorde a la edad”. Pero no podía traicionar al niño que soñó en grande bajo aquella mesa de dominó. Se lo debía a él—y al Dios que nunca abandonó mis pasos. Me hice ingeniero.

Mis hijos caminaron antes. SENAI, ETEC, FATEC—puertas accesibles, sin matrícula, caminos que Dios abrió. Siempre les dije: no desperdicien el tiempo presente. No siempre se puede estudiar lo que uno ama al principio; a veces se estudia lo posible, lo que está al alcance. Mejor tener suelo firme que quedar flotando. Después, con madurez, uno paga el precio de lo que ama. El tiempo es un maestro severo con quien lo desperdicia.

En el seminario, aún joven, me enamoré de la Historia. Pero ¿cómo dejar el área técnica con una familia auestas? No se podía. Guardé ese amor en un cajón—no por rendición, sino por fidelidad. Ahora, cerca de la jubilación, con educación en línea y una computadora, abrí ese cuaderno otra vez: estoy estudiando Historia. Algunos lo llaman locura. Yo prefiero llamarlo gratitud. Si la vida me presta aliento, yo lo devuelvo en aprendizaje.

Hoy sé que la vida se ordena cuando la entregamos. Quien no sabe a dónde va, cualquier camino le sirve—y casi siempre no lleva a nada. No todos reciben del Señor una dirección tan objetiva como la de Pablo; a veces el cielo no habla en voz audible. Pero aprendí a llegar ante Dios con un plan, un sueño, un borrador honesto del corazón, y decir: “Señor, aquí está. Sopla Tu voluntad sobre esto.

Corrige mi rumbo. Abre y cierra puertas. Santifica mi deseo. Guíame.” Dios honra lo que se presenta en el altar con integridad. No sirve pedir cosecha sin sembrar; multiplicar por cero es cero. Las puertas se abren mientras caminamos.

También sé que no soy el héroe de mi historia. Hubo días de cansancio, humillación y espera. Hubo cuentas que no cerraban y plazos que me aplastaban. Pero hubo gracia. El Dios que me vio niño, escuchando hablar del “ingeniero” entre el golpe de las fichas de dominó, me sostuvo de hombre. Y cuando pienso por qué no desistí, recuerdo una verdad inmutable: Jesucristo, inocente, pagó por todos nuestros pecados. Él cargó lo que no nos dejaba recomenzar. En Él, la culpa que paraliza pierde el derecho de dictar el futuro. En Él, el pasado no dicta sentencia; dicta aprendizaje. En Él, el sueño no es un lujo; es mayordomía: algo que cuidamos delante de Dios, para la gloria de Dios.

Si me preguntas qué aprendí, respondo sin rodeos: no traiciones el sueño de aquel niño que fuiste. No vendas barato lo que Dios encendió temprano en tu pecho. Puede que el camino no sea recto; puede que tarde más de lo que quisieras; puede que debas estudiar algo que hoy no amas para alcanzar, mañana, lo que sí amas. Pero no te detengas. Presenta tus planes al Señor. Camina con Él. Haz hoy lo que está a tu alcance. Estudia. Trabaja. Ora. Busca consejo. Da el próximo paso. Porque es en el paso siguiente cuando se alinean las puertas, ocurren los encuentros y la vida ordinaria se vuelve extraordinaria en las manos de Dios.

Cuando por fin vestí la toga a los 52, no me visitó la vanidad, sino la paz. La paz de saber que el niño no fue abandonado. Y al abrir de nuevo los libros de Historia, ahora mayor, siento que Dios cierra círculos con una delicadeza que solo la eternidad explica. Él no desperdicia lágrimas, cuadernos garabateados, horas de autobús ni calladas mesas de dominó.

Si hoy te falta ánimo, recuerda: Cristo ya venció lo que te derrota por dentro. Entrégale tu borrador. Ajusta el rumbo. Y sigue. La mano que te salvó es la misma que te guía. No traiciones el sueño de aquel niño que fuiste—y, sobre todo, no traiciones a Aquel que, por amor, no te traicionó en la cruz.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-b932e211-es>

¡Jesús tocó a mi puerta!

Testimonio: Mario

Yo era un nuevo convertido cuando, en una sola noche, soñé tres veces el mismo sueño. Veía a Jesús en el portón de mi casa. Estaba vestido de blanco, con el cabello hasta los hombros y barba. Daba palmadas, como quien me llamaba, y yo salía para verlo. Entonces levantaba el brazo y señalaba hacia lo alto.

Cuando seguía la dirección de Su gesto, veía una casa sobre un barranco. Y allí aparecía, en el sueño, la misma mujer de mi iglesia, conocida entre nosotros como profetisa. Aparecía fumando un puro, y esa imagen me causaba una profunda extrañeza. Luego yo entraba en el coche para seguir mi camino, probablemente hacia la iglesia, pero de repente el coche caía de frente dentro de un agujero, y yo despertaba asustado. Volvía a dormirme y todo sucedía otra vez. La misma escena. La misma advertencia. Tres veces en la misma noche.



Al día siguiente conté el sueño. Poco después, aquella misma mujer que yo había visto en el sueño subió al púlpito y dio una palabra dura. Sin mencionar mi nombre, profetizó que un hermano descendería a la sepultura y no volvería a subir. Más tarde, otro hermano vino a decirme que aquella palabra era para mí. Además, se dio un plazo, como si mi muerte ya hubiera sido determinada.

Aquello cayó sobre mí como una sentencia. Yo todavía era recién nacido en la fe, lleno de temor, lleno de sinceridad, buscando a Dios con sencillez. Ya había vivido experiencias marcantes con el Señor, pero no tenía estructura para soportar una palabra tan pesada. Mi corazón se abatió profundamente. Durante meses, casi no pude dormir en paz. El miedo me seguía. La angustia me consumía. Y herido por todo aquello, terminé saliendo de aquella iglesia.

Con el paso del tiempo, aquel grupo se dividió. El grupo ligado a aquella mujer llegó a abrir una iglesia, pero no permaneció en pie por mucho tiempo. La obra no prosperó y pronto llegó a su fin. Después de eso, nunca más la vi. El otro grupo permaneció, y meses más tarde —tal vez después de casi un año— volví justamente al lugar donde me había convertido.

En medio de todo aquel dolor, algo fue quedando claro dentro de mí: aquel sueño no había sido algo común. No era imaginación suelta ni fruto de una noche cualquiera. Había una advertencia allí. El Señor me estaba mostrando algo. Y aunque no entendí todo de inmediato, fui llevado a buscar más a Dios. El santo temor me empujó a acercarme más al Señor. Busqué respuesta. Busqué consuelo. Busqué dirección. Y, por encima de todo, Él me guardó.

Hoy estoy vivo, para honra y gloria de Jesús.

Este testimonio me enseñó algo que nunca olvidé: no toda palabra dicha en el nombre de Dios viene realmente de Dios. Hay personas que hablan movidas por sí mismas, por juicio precipitado, por vanidad espiritual o por falta de temor. Pero Dios no miente, no confunde y no avergüenza a Sus hijos de la manera en que muchos hombres avergüenzan. El Señor habla en el momento justo, de la manera justa, con verdad y justicia. Él no mira como mira el hombre. Él es Dios.

También aprendí que, cuando el Señor insiste en mostrar algo, es porque desea advertir, guardar o despertar. Aquella noche, Jesús no solo llamó al portón de mi casa. Llamó a mi corazón. Y aun en medio del miedo, fui llevado a comprender que mi vida no estaba en las manos de una palabra humana, sino en las manos de Aquel que reina sobre todas las cosas.

Si hoy Jesús está llamando a tu puerta, no endurezcas tu corazón. Ábrelo. Escucha Su voz. No permitas que las palabras de los hombres definan tu destino, cuando

Dios ya ha declarado que la última palabra le pertenece a Él. Toda honra y toda gloria sean dadas a Jesús.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-ebb7af97-es>

¿Cuándo la Iglesia aleja a las personas de Cristo?

Testimonio: Samuel

Me encuentro tropezando con la palabra “perpetuo” cuando leo la Escritura. A mis ojos parece significar para siempre; pero aprendí que ese “perpetuo” respira dentro de la alianza que lo nombra. En Cristo se inauguró una nueva alianza: Él, el único capaz de cumplir la Ley, la cumplió y la selló con el amor que la resume en dos mandamientos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

Esta clave lo cambia todo. Lo dado a Abraham y a Moisés educó al pueblo judío —sábados y rituales que formaron un pueblo—, pero no miraba hacia afuera. En Jesús, Dios extendió los brazos a todos, también a nosotros los gentiles. Con Él, el foco dejó de ser un catálogo de prohibiciones para convertirse en un corazón que se vuelve primero a Dios y luego a la persona que está a mi lado.



Entonces me examino: si mi obediencia se convierte en piedra de tropiezo para mi prójimo, ¿de qué sirve mi celo? Si guardar el sábado me impide socorrer al que sangra en la puerta, ¿qué sábado es ese? Muchas veces nuestras doctrinas se vuelven muros; nuestro vocabulario, armas. Hablamos del sábado, de la comida,

de “yo no hago esto, yo no hago aquello”, y nos sentimos superiores. Es el viejo legalismo, el fariseísmo disfrazado de santidad.

Pienso en quienes llegan heridos, tímidos, sin conocer a Dios. Necesitan brazos, no listas. A veces, una persona homosexual ni siquiera se acerca porque supone que Dios la ha excluido —no por Él, sino por nosotros—. ¿Quién soy yo para decidir destinos eternos? Puedo amar; puedo instruir, con cuidado. Y si mi palabra fuera a convertirse en lazo en la garganta de quien todavía gatea, que me calle. Pablo ya advirtió: no se da alimento sólido a un niño; se ofrece leche, poco a poco, hasta que crezca. Dejemos que la Palabra y el Espíritu Santo hagan lo que solo Ellos pueden hacer.

Jesús vino para los enfermos, para los pecadores. En la nueva alianza, Dios prefiere que yo deje el sacrificio y cruce el campo áspero detrás de la única oveja perdida, antes que refugiarme entre las noventa y nueve que se creen seguras dentro del redil. El amor al prójimo, delante de Dios, es mayor que mis rituales.

Esta conciencia me llama a derribar barreras, a cambiar reglas por encuentros, dureza por misericordia. No es relativizar la verdad; es quitar del camino lo que impide que alguien vea a Jesús. Quiero que mi vida lo señale a Él —no mi rendimiento religioso—. Que yo abrace al que llega, sirva al que sufre y confíe en que la gracia alcanza adonde mi norma no puede. Así la Iglesia deja de alejar a las personas de Cristo y empieza a conducir las a sus pies.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-f259c04a-es>

Aprendiendo con un Burro

Testimonio: Mario

Yo estaba aquí, una vez más, recordando un hecho ocurrido en 1970. Nací y me crié en São Paulo, pero la sangre de mis padres corre desde Bahía—Serrinha, Feira de Santana, esa tierra caliente de polvo e historias. Ese año mi padre vendió una de sus casas en la capital y decidió regresar al interior de Bahía. Yo tenía catorce, casi quince. Éramos cinco hermanos—tres varones y dos mujeres—y partimos juntos.

Allí me dieron un burrito para montar. No tenía ninguna experiencia. Mi hermano subió detrás de mí y salimos de una hacienda a otra por un sendero angosto, con un barranco a un lado y un río al otro. El burrito caminaba firme hasta que, de repente, se plantó. No iba ni hacia adelante ni hacia atrás. Intenté moverlo, insistí, nada. Impaciente, le di una palmada. ¿Para qué? El animal dio un brinco; mi hermano fue a parar al agua. No sabía nadar. Fue un apuro tremendo. El miedo y la culpa me ardieron en el pecho. Nunca lo olvidé.



Regresamos y mi hermano lloraba. Dijo que yo había maltratado al burro. Intenté justificarme: “Padre, el animal se detuvo en medio del camino; ¿cómo iba yo a

saberlo?” Pero por dentro ya nacía una lección: la fuerza rara vez resuelve lo que la sensibilidad detecta.

Entonces mi padre contó una historia suya. Iba a una boda con un traje de lino blanco, hermoso, y el burro se plantó justo en medio de un charco. Ni avanzó ni retrocedió. Se sentó. Lo ensució todo. Llegó a la boda todo manchado. “Burro es un caso serio”, decía él, y yo veía que era verdad.

Aun así, la fe me enciende un contraste: hubo un burrito—junto a su madre—que llevó a Jesús sin causar problema. Jesús, valiente, montó un animal que nadie había montado antes. Solo el Hijo de Dios. Aquel burrito fue más educado que la higuera que negó fruto. La creación reconoce al Creador; es el corazón humano el que tantas veces se cierra.

Aprendí entonces que cuando el camino se estrecha, con barranco a un lado y río al otro, la prisa y la mano dura solo esparcen miedo y hacen caer a quienes van con nosotros. A veces Dios usa un burro para frenarnos—no para avergonzarnos, sino para guardarnos. La terquedad del animal puede revelar la mía; su plantarse puede denunciar mi ceguera. Y el salto que asusta puede ser el eco de mi impulso por dominar lo que no entiendo.

Miro a Jesús y encuentro la salida. Él no necesita violentar nada para reinar; reina porque es Señor. Donde yo alzo la mano, Él extiende gracia. Donde yo empujo, Él sabe la hora. Quiero ser como aquel burrito que lo llevó “en paz”: sencillo, disponible, listo para que Cristo pase por mí y alcance a otros—y no como la higuera, llena de hojas y vacía de fruto.

Si, como yo, alguna vez golpeaste lo que en realidad trataba de salvarte, pide perdón a Jesús. Entrégale hoy las riendas. Di: “Señor, toma mi camino. Donde me estanco, guíame; donde insisto, quebrántame; donde temo, sosténme”. Él sabe guiarnos por el lugar más angosto y convertir el susto en salvación. El recuerdo de 1970 todavía duele, pero hoy me sana. Aprendí—por la mano firme del Padre y el paso manso del Hijo—que hasta un burro puede enseñarme a vivir. Amén.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-733282b3-es>

Ellos Nunca Lo Olvidarán

Testimonio: Samuel

Anoche, viajando con mis hijos y algunos de sus amigos, nos sentamos alrededor de una pequeña fogata. Una brisa suave hacía danzar las llamas y, allí, en ese círculo sencillo, la vida abrió una puerta. Se acercó un muchacho, luego otro y otro más. La conversación comenzó tímida, pero pronto el Evangelio encontró espacio entre nosotros.

Le pregunté a uno de ellos si era cristiano. Negó con la cabeza y dijo que no. Pregunté por sus padres. Me contó que nunca había hablado de Dios con su familia. Mencionó, con incertidumbre, que su madre quizá fuera budista. Quince años y un silencio entero sobre Dios. Me dolió. Entonces pregunté: “¿Has oído hablar de Jesús?” Sonrió de medio lado y dijo algo que me alcanzó hondo: “Nicolás nos habla de Jesús.” Mi hijo. Bendita semilla plantada en los pasillos de la escuela y la amistad.



Compartí mi testimonio. Hablé de lo que Dios ha hecho en mí desde niño, de mis caídas, de la autosuficiencia que me pesaba en el pecho, del encuentro con la gracia que me desarmó. Yo hablaba y ellos pedían: “Cuenta más.” Y sentí al Espíritu abriendo caminos donde antes solo había curiosidad.

En un momento, ya cansado de narrar, le pedí a mi hijo que siguiera la historia desde el principio: “Hijo, empieza con Abraham.” Nicolás, que había devorado las Escrituras con ojos atentos, comenzó: Abraham, Moisés, Isaac... Recorrió la narrativa sagrada hasta llegar a Jesús. Luego mencionó, desde la perspectiva de un amigo musulmán ausente esa noche, a un ángel y un mensaje dado a Mahoma. Allí, en silencio, me di cuenta de que mi hijo repetía con sinceridad lo que había oído de su amigo. Fue una oportunidad de oro, no para el enfrentamiento, sino para la claridad. Expliqué con calma las diferencias entre la Biblia y el Corán, la singularidad de Jesús y la belleza de las profecías cumplidas a lo largo de muchos autores y muchos siglos. No para disminuir a nadie, sino para exaltar la fidelidad de Dios revelada en las Escrituras y la centralidad de Cristo.

La fogata crepitaba mientras veía sed en sus ojos. Les pregunté si querían que continuara. “Habla más.” Y seguí. Hablé de la oración. Le pregunté a uno de los chicos si alguna vez había orado. Dijo que lo intentó una vez, hace tres años, y allí quedó. Le dije: “Cuando te acuestes esta noche, habla con Dios. Pídele que abra tus ojos. Pero pídeselo creyendo. Dios no es una prueba; es Padre. Si el corazón está abierto, Él habla: a veces con una voz, si quiere; otras, por medio de personas, por los detalles que Él teje en nuestro día. Él habla.” Y me miraron con ese asombro hermoso de quien quiere creer y está descubriendo cómo.

También hablamos de decisiones. De principios. De drogas, tentaciones y el fácil encanto de las promesas vacías. Repetí lo que llevo como cicatriz y aprendizaje: todo parece permitido, pero cada acto tiene consecuencias. No porque Dios no nos ame, sino porque es justo y nos quiere enteros. Un error puede encadenar el alma durante años. Mejor cortarlo de raíz. Si no es de Dios, si no está alineado con Su voluntad, si la conciencia enciende la luz roja, detente. Aléjate. El corazón que te cuidas hoy es el mismo que duerme en paz mañana.

Mientras hablaba, mis propios miedos se aquietaban. Llevaba días orando, preguntando cómo alcanzar el corazón de estos jóvenes sin fastidiar, sin imponer, sin perder la ternura. Esa noche la respuesta llegó simple: testimonio vivo, la Palabra abierta, amor sin prisa. No se trataba de ganar un debate, sino de presentar a Jesús.

Más tarde, alguien me dijo: “Puedes estar seguro: ese chico nunca olvidará las palabras que le dijiste.” Guardé eso como promesa e intercesión. Y pienso más

allá: ellos —todos— nunca lo olvidarán. Porque cuando el Evangelio toca, aunque parezca solo un soplo, deja una marca que el tiempo no borra.

La fogata se apagó, pero una brasa quedó encendida por dentro. Oro para que, al acostarse, hablen con Dios y lo encuentren. Oro para que mi hijo siga siendo luz entre sus amigos, y para que yo también permanezca listo para responder con mansedumbre y verdad. Al final, todo converge en una persona: Jesucristo — inocente— que pagó por todos nuestros pecados. Es por Él, para Él, y en Él donde la juventud encuentra un nuevo comienzo. Aleluya.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-85809a8a-es>

¡Dios me dio pescado y mucho más!

Testimonio: Marineide

Salí de casa con el presupuesto apretado y una lista sencilla: una fruta, una verdura, cebolla, lo básico. Aquí todo es caro y yo solo quería lo necesario. Pero al llegar al mercado, Dios me sorprendió a Su manera. Me regalaron una piña. Así, sin pedir y sin pagar. Sonreí por dentro y pensé: el Señor me ve.

En seguida crucé con un vendedor empujando un carrito de pescado. Pregunté el precio: veinte reales el kilo. Eran peces rojos, hermosos. Ya me veía cocinando con calma, separando en porciones para tres, quizá cuatro comidas — vivo sola y aprendí a hacer rendir lo poco.



Pero él dijo que todo ya estaba vendido. Le di las gracias y me disponía a irme cuando oí: espera. Subió a entregar los pedidos, pidió a su ayudante una bolsa y empezó a poner pescado, más y más pescado. Yo esperé, sin entender. Entonces levantó la bolsa y dijo que estaba preparado para mí. En ese momento me faltaron las palabras. Solo alabé a Dios allí mismo, en la acera. Él me preguntó si yo era evangélica. Respondí: soy sierva del Dios Altísimo. De pie allí, oré y proclamé la provisión de Dios sobre sus vidas.

Los pescados ya venían limpios. Era más que comida; era cuidado. Y yo sabía que eso iba a durar buen tiempo.

De camino, conté la bendición a una hermana en la puerta. Ella me llamó: ven a mi casa, yo limpio tus pescados. La invité a almorzar conmigo de ese mismo pescado. Sonrió y me dijo que disfrutara mi pescado en paz. Dios no solo me dio los pescados: también envió a quien me ayudara a prepararlos.

No pagué la piña. No pagué el pescado. Todo fue provisión de Dios en mi vida. No porque yo sea buena, sino porque Él es mi Proveedor. Procuro no apartarme de mi Dios, porque cuando nos alejamos, nos alejamos también de la bendición.

Permanece en la fe: en lo poco, Dios nos pone en lo mucho. Salí de allí casi dando saltitos, alabando el nombre del Señor.

En ese mismo momento, escuché a un hermano testificar. Dijo que había ido a predicar a una casa de recuperación un martes. Al llegar, había una mesa de unos cinco metros, cargada de banana, papaya, ñame, mango, papa, cebolla, naranja, calabaza, manzana, pimentón — y mucho tomate. Le regalaron como cinco kilos de tomate maduro, preciosos. También llevó cebolla morada y amarilla, papitas, papa, ñame, banana maçã, banana pera y hasta peras. Dijo que no necesitaría hacer compras por unos quince días. Fue a bendecir y salió bendecido. Dios es bueno. Todo el tiempo.

Camino con esta certeza: donde pongo mis pies, el Señor me sostiene; cuando salgo, Él provee. Dios da órdenes a Sus ángeles para guardarme de todo mal. El enemigo tiene que retroceder, porque nuestro Dios es soberano y cuida de nosotros. Aleluya. Gracias, Jesús.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-271fe92d-es>

¿Cansado de tragar sapos? ¡Es para beberse la laguna entera!

Testimonio: Jurandir

A menudo recuerdo que Jesús no fue reconocido de inmediato por sus propios hermanos. No hablo de María y José, sino de quienes crecieron a su lado. La Biblia da a entender que su convicción llegó después, ya adultos. Eso habla hondo a mi corazón. Pienso en cuánto debió sentir el Señor, en carne propia, el peso de ser incomprendido en casa. Entre hermanos hay pruebas, provocaciones, fuerzas medidas. Aun siendo el primogénito, Jesús conoció la aspereza de la convivencia y el silencio que cuesta.

Duele ser el único que ve. Duele más cuando mis límites no son los mismos que los de quienes viven conmigo. La Palabra nos traza fronteras firmes, y al viejo hombre dentro de mí no le gusta ser vencido. No todos los días son fiesta. Un amigo me dijo una vez: “No se puede estar tragando sapos todo el tiempo.” Estuve de acuerdo con la lucha, pero respondí: “Bíblicamente, no se trata de tragar sapos; se trata de beberse la laguna entera.” El sapo es solo un detalle; el llamado es mayor: abrazar paciencia, misericordia, renuncia y mansedumbre cuando todo en mí pide lo contrario.



Vivimos en una sociedad permisiva. Cada uno fabrica su propia regla, y quien no ha recibido a Jesús no se mide por las mismas líneas. Hay gente honesta y recta que no pisa una iglesia, y lo reconozco. Pero la salvación es en Cristo. Y cuando llegamos a conocerle, somos llamados a andar rectamente porque la Palabra lo exige. Cosas simples y esenciales: si compras, pagas; si ensucias, limpias; si rompes, restituyes.

A veces la presión viene desde dentro del hogar. Alguien quiere traer al novio a dormir bajo el mismo techo, como si la norma fuera capricho. Otro pide prestado, se lleva la máquina y no paga — por ahora “prestada”. Crees tener algo reservado en el depósito, vas a mirar y desapareció porque “alguien lo necesitó”. La boca quiere explotar, pero el Espíritu susurra: “Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas.” Me lo repito una y otra vez.

El otro día, en un tren de São Paulo, un hombre dijo en voz alta: “Gente, acaba de subir una embarazada; cedan el asiento.” Y una mujer replicó: “El embarazo no es enfermedad; trabajé hasta el noveno mes.” Me quedé mirando cómo se desmoronaba la compasión. La paciencia parece estar en vías de extinción. La misericordia se volvió rara. El mundo sube el volumen, y al que intenta oír la voz de Dios lo llaman ingenuo.

Pero la Escritura es clara. El Señor le preguntó a Job quién puso límites al mar y le dijo hasta dónde llegar. Así la Biblia cerca nuestra vida. Y cuando dejamos de hacer lo correcto, la conciencia nos acusa; quien no tiene a Cristo a menudo no siente el mismo peso. La regla del cielo no gira con el viento de la calle. Si pido fuerza, termino queriendo devolver el golpe; por eso pido paciencia. Y cuando pido paciencia, parece que las pruebas se multiplican, como si el mundo entero decidiera examinar mi fe.

El mundo yace bajo el maligno. Hay quien se ofrece como herramienta para enfrentar la Palabra. Cuando alguien en casa decide andar fuera de lo que Dios estableció, se vuelve contrario a la verdad — no enemigo de sangre, pero sí adversario del camino. Y viene otro golpe: muchas veces el profeta no tiene honra en su propia casa. Quien come de lo tuyo y vive bajo tu techo quiere regirse por sus propias reglas. Y tú, para no herir más, vences en silencio, confiando en que Dios hará la obra.

Jesús dijo: “El que a ustedes recibe, a Mí me recibe; y el que me recibe a Mí, recibe al que me envió. El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que dé siquiera un vaso de agua fría a uno de estos pequeños por ser discípulo, de ningún modo perderá su recompensa.” Aferrarme a esa promesa me sostiene cuando las consecuencias llaman a la puerta. Porque llegan. El embarazo inesperado del que no quiso escuchar, el desempleo del que despreció el consejo — ¿y quién carga con eso? La familia. El mismo corazón que advirtió es el que sale a ayudar. Y sí, gloria a Dios si, mediante ese peso, alguien se endereza.

Al final, me miro al espejo del alma: no se trata de tragar sapos; se trata de beberse la laguna entera. Es aceptar que, en el camino angosto, los límites de Dios son mi refugio. Es elegir el silencio que ora, la respuesta suave que desarma y la firmeza que no negocia santidad. Pido gracia para soportar, valentía para obedecer y amor para seguir sirviendo, porque el Señor ve, guarda y recompensa.

Hoy decido, otra vez, beberme la laguna. No porque sea fuerte, sino porque la Palabra me limita y me libera. Y si estás cansado de pelear por tener la razón, ven también. Hay vida en Jesús. En Él, hasta un vaso de agua adquiere eternidad. Y la laguna que parecía ahogarme se vuelve lugar de obediencia donde el alma halla paz.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-5a7b3af5-es>

Caminar con Dios es bueno

Testimonio: Samuel

Esta mañana, mientras reflexionaba, una verdad se encendió dentro de mí: el mayor privilegio de la vida es caminar cada vez más libre de mis pecados. El enemigo intenta encarcelarme a cada instante, pero ya no pertenezco a esas cadenas.

Caminar con Dios, con el Espíritu Santo, con Jesús, es vivir bajo Su protección y Su dirección. Es oír en lo íntimo: "Por ahí no. Ese camino, no. Sigue por aquí. Ven conmigo." Y cuando obedezco, me siento seguro. Sé que estoy protegido, aunque los desafíos sean reales. También sé que esta es la senda buena, agradable y perfecta, como dice la Palabra.



El desafío es grande y la responsabilidad también. Clamo por misericordia por mis errores, pecados y fallas, y pido que mi corazón aprenda a agradecerle conforme a Su voluntad. Porque, en el fondo, reconozco: este es el camino gustoso de recorrer; es el camino que realmente me hace bien.

Hay un gozo sereno en permanecer lejos de mis pecados, lejos del "vino viejo", y en saber que no camino a ciegas. No soy mejor que nadie; solo sigo, instruido y guiado por Él. Y eso es demasiado bueno.

También percibo el reflejo inevitable de quien se sumerge más hondo: desborda. Lo que Dios me enseña deseo compartirlo. Lo que Él transforma en mi mente y en mi alma comienza a notarse en mi hablar y en mi vivir. Lo que guardo en el corazón encuentra salida por los labios.

Mi oración es sencilla: que Dios siga transformando nuestro corazón conforme a Su voluntad, para que podamos derramar en el corazón de otras personas lo que Él ha derramado en el nuestro. No porque seamos buenos — bueno, de verdad, solo hay Uno —, sino para que sigamos siendo usados y transformados, día tras día, en Su compañía.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-1a851011-es>

¡Las pedradas pueden convertirse en castillo!

Testimonio: Jurandir

Yo era recién casado y recién convertido. Empezando el seminario teológico, ganaba muy poco. La casa era sencilla, el barrio duro, y yo cargaba una sonrisa por fuera mientras, por dentro, dolía. Tantas cuentas, tantas dudas, y un cansancio que no combinaba con la esperanza que confesaba.

Una noche, en el grupo de oración, mi hermana oraba. Se acercó y, con la serenidad de quien reconoce la voz de Dios, me dijo que me veía como un soldado: armado, listo para la guerra, pero triste. “El Señor te muestra un camino largo”, dijo. “Recibirás muchas pedradas. Oirás muchas cosas que no te gustarán. Pero el Señor dice: no sueltes las piedras; llévalas. Con ellas puedes construir un muro. Y, dependiendo de cuántas cargues, podrás levantar un castillo.”



Aquello me atravesó como luz en amanecer nublado. Yo lo sabía: por dentro estaba triste. En el camino siempre hay piedras. Pero la Piedra Angular es Jesús; Él sostiene toda la construcción. Hombres mejores y mayores que yo ya recibieron pedradas de verdad, de las que hacen sangrar, no solo palabras duras. Aun así, siguieron. Yo también necesitaba seguir, por amor a Él.

Desde entonces, aprendí a no desperdiciar energía devolviendo ataques o discutiendo. La gente mira nuestra vida y comenta: “el ministerio se encogió”, “la iglesia ahora es pequeña”, “está solo”, “está abandonado”. Pero Dios es quien conoce mi camino, el ministerio que me confió y la manera en que quiere usarme. No tengo nada contra pastores mediáticos, de televisión, o iglesias enormes. Oro para que Dios los bendiga, multiplique sus recursos y que escriban grandes libros para edificar a muchos. Pero también sé que Él usa a los pequeños, las iglesias pequeñas, al misionero escondido en los vallados, enfrentando problemas y carencias. La mayor parte del tiempo, así se multiplicó y creció la Iglesia.

Si mi llamado no es para multitudes, está bien. Un alma ya vale el precio del cielo. Lo que importa es estar donde el Señor quiere. A veces me preguntan: “¿Cuántas almas has ganado para Jesús?” Respondo: creo que no gané a nadie. Yo anuncio el Evangelio; quien convence de pecado y de juicio es el Espíritu Santo. Él es quien gana. Yo solo hablo del amor de Dios.

Y cuando alguien dice: “solo una persona se convirtió”, recuerdo una ilustración: alguien predicó y alcanzó a una sola persona, y esa persona fue Billy Graham. Él alcanzaría a millones después, sobre la base de aquel mensaje. Es solo un ejemplo; no fue eso lo que pasó, pero apunta a una verdad: lo que hacemos hoy puede ser un trampolín para grandes cosas que aún no vemos.

Aquel día salí del grupo decidido a cargar piedras. Con cada crítica, una piedra al hombro. Con cada pérdida, una piedra al saco. Con cada noche sin dormir, otra más. No para herir a nadie, sino para construir. Descubrí que, cuando las deposito sobre la Piedra Angular, Cristo, se alinean, encuentran encaje y se vuelven muro. Y cuando persevero, lo que parecía solo un muro de protección comienza a ganar ventanas, torres, abrigo: un castillo de testimonio. Gloria a Dios.

Alguien, con humor y seriedad, lo resumió: “Por ahora, he ganado mi propia alma. Pero si me descuido, la puedo perder.” Esa frase me vigila. Antes de contar piedras y muros, debo guardar mi propia alma. Por eso sigo: menos respuestas a las pedradas, más pasos hacia la cruz. Menos ansiedad por medidas humanas, más obediencia silenciosa. Donde Él me ponga —en una gran plataforma o en un callejón olvidado— allí quiero estar entero.

Si hoy estás triste, con poco dinero, en una casa sencilla, sintiéndote como un soldado listo y, al mismo tiempo, cansado, recibe esto: las pedradas vendrán, pero no son el fin. No desperdicies el dolor. Cárgalo. Llévalo a los pies de Jesús. Sobre Él, todo encuentra su lugar. Y, piedra sobre piedra, el Señor hará de tu historia más que un muro de supervivencia: podrá levantar un castillo para Su gloria.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-e2596e8b-es>

¡No esperes al sufrimiento para glorificar a Dios!

Testimonio: Samuel

A veces entro a la iglesia y el silencio pesa. El pastor ministra, los cantos se elevan despacio y casi nadie dice nada. Solo un hombre a mi izquierda rompe el velo de la quietud cada dos o tres minutos: “¡Gloria a Dios! ¡Aleluya!” Al principio me parecía extraño; hoy, él me recuerda lo que olvido cuando todo parece bajo control: Dios sigue siendo digno de mi voz.

Hace unos años recibí una llamada que heló mi alma: una estafa de secuestro. “No cuelgues. Si no retiras el dinero ahora, vamos a matar.” Yo lo creí. Fui al banco con el corazón en la garganta. La fila era enorme. Del otro lado, la voz apretaba mi pecho, describiendo una escena de terror, un cuchillo en el cuello, reloj en cuenta regresiva, amenaza cruda. Miré la fila y pensé: ¿y ahora? En mi desesperación, brotó de mí un “Gloria a Dios”, como quien toma aire después de casi ahogarse. Y entonces me vi hablándoles en voz alta a desconocidos: “Gente, pasa esto... necesito pasar.” Las cabezas se giraron; yo temblaba. Aquel día me enseñó cómo el miedo saca a la fuerza el clamor que la fe debería mantener vivo en tiempos de paz.



Cada vez que lo recuerdo, pienso también en un padre desesperado por su niña y en una mujer que sangró doce años. Cuando la vida nos acorrala, nos postramos, nos acercamos, tocamos el borde del manto y reconocemos—sin máscaras—quién tiene el poder de salvarnos. Allí, en el suelo de la urgencia, el corazón aprende de prisa lo que tardamos en admitir en la calma: solo Jesús.

El otro día oí a Djeimes decir que todas las veces que se quebró y se arrodilló, Jesús lo acogió y lo calmó. Asentí por dentro, porque conmigo también es así: cuando me humillo, cuando confieso la verdad y suplico, Él abre los brazos y me consuela. Nunca ha fallado. Entro herido; salgo mejor de lo que entré en Su presencia.

Pero ¿por qué esperar el valle para reconocer al Pastor? ¿Por qué dejar que el dolor arranque de mí lo que la gratitud podría ofrecer primero? No quiero que mi “Gloria a Dios” nazca solo del pánico. Quiero entrar a la iglesia—y a la vida—con ese clamor encendido en los labios, aun cuando el ambiente esté silencioso y el corazón parezca tranquilo. No por ruido, sino por convicción. Él es digno en toda estación.

Hoy oro: Padre, no me dejes llegar al límite para recordar quién eres. Dame valor para acercarme, tocar el borde, arrodillarme, quebrantar el corazón, aun cuando nada duela. Que te glorifique en el día claro y en la madrugada oscura; en el banco lleno y en el vacío; en susurro y en clamor. Que toda mi vida sea un “Gloria a Dios” anticipado—antes y después de la tormenta. Porque Tú siempre vienes, siempre acoges, siempre consuelas. Gloria a Dios. Amén.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-9b1459f9-es>

¡Jesús es el Consejero que Necesitas Escuchar!

Testimonio: Jurandir

Isaías 9:6 me alcanza como un llamado que atraviesa el ruido: un Niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado; el gobierno está sobre Sus hombros; Él es Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno y Príncipe de Paz. Cuando dejo que esta verdad atraviese mi pecho, el caos pierde la voz. Jesús no es solo una hermosa idea: Él gobierna. Y cuando Él gobierna, la paz no es visita: es morada.

He aprendido que recibir a Jesús como único, legítimo y soberano Salvador abre espacio para que esa paz sea puesta en mi corazón. Pero, para que florezca, tuve que callarme y contenerme. Cada vez que agarro mis problemas con manos ansiosas, se los arrebato a Dios. Aprendí a rendirme: oro, pongo todo delante del trono, derramo mi alma y espero. Hago lo que está a mi alcance—lo que es mi responsabilidad—y dejo lo que no puedo hacer en las manos del Señor. Él tiene Su tiempo para mí. También tiene Su tiempo para la otra persona. Entre ambos, Él sigue siendo Dios.



Esta conciencia cambió cómo busco consejo. ¿Por qué salir de casa para aconsejarme con quien no conoce a Jesús? ¿Por qué prestar mis oídos a quien camina sin el Señor, perdido en la lujuria, en la carne o en modas vacías? La Biblia

es mi consejera. Y cuando necesito gente a mi lado, busco siervos del Eterno— personas nacidas de nuevo, que llevan a Jesús en su vida y la Palabra en su corazón. No hablo de títulos; hablo de nuevo nacimiento. He aprendido que la opinión ruidosa no es dirección del Espíritu.

Me vi seducido por voces que ganan escenarios, hablan mucho y viven poco. Gente que ni abriría la puerta para oírme en privado, pero sube a púlpitos a enseñar lo que no practica. En ese punto, necesité humildad para parar, leer y reflexionar. Tuve que admitir: me excedí. Con el afán de ayudar, actué en la carne. El Espíritu Santo no estaba en esa prisa. Me faltó dirección del Señor; por eso, regreso. Volver, a veces, es la decisión más valiente que puedo tomar.

Muchos de nosotros podríamos estar viviendo bajo otra guía, otro rumbo, si no hubiéramos cerrado la Biblia para correr tras atajos. Cuando la Biblia se cierra, se multiplican las cisternas rotas: construí depósitos de agua con mis manos y supe tarde que estaban agrietados. Es como remar en un barco con filtraciones: por más fuerza que haga, el agua entra y me hundo en cansancio. El camino torcido no lleva a la paz; lleva al desperdicio.

Así que regreso. Digo con el corazón contrito: Señor, me equivoqué. Actué como un hijo pródigo. Quiero volver y retomar el camino correcto desde el principio. Perdóname. Heme aquí. Renueva lo que necesita renovación. Restaura lo que necesita restauración. Mi oración aprendió a decir palabras que duelen y sanan: renueva el ministerio, restaura los matrimonios, restaura la vida espiritual. Enséñame a dejar de mirar a los lados—las comparaciones y distracciones que me alejan. Vuelvo a llevar la Biblia bajo el brazo—no solo en una pantalla que divide mi atención entre versículos y vacíos—y entro en mi habitación. Voy a la oración. Voy a la reflexión. La Biblia orienta, y yo obedezco.

La reanudación pasa por una decisión simple y profunda: volver al Príncipe de Paz. Dejar que Él gobierne. Escuchar al Admirable Consejero. Entregar lo que me es imposible y caminar fielmente en lo que Él ya me mandó hacer. Lo demás es de Dios—en Su tiempo. Y cuando Él gobierna, la paz vuelve a ser morada. Amén.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-2c80b561-es>

La fidelidad no es una opción: ¡es un fundamento!

Testimonio: Marineide

Ayer, en la iglesia, el diácono volvió a contar un testimonio que yo ya había escuchado. Creía conocer la historia, pero mientras hablaba sentí que el Señor abría otra vez la puerta de mi corazón. Sentí el peso suave de la verdad posarse sobre mí: no envidiar, no codiciar, no desear lo que es de otro. Porque sale mal. Siempre sale mal.

El relato era sencillo, pero cortante. Un albañil recibió del dueño de la obra el dinero suficiente para levantar una casa sólida: buena albañilería, estructura fuerte, losa bien hecha, cemento de calidad, la arena adecuada; todo lo necesario para que la construcción perdurara. Pero eligió ser infiel. Compró los materiales más baratos, recortó donde no se puede recortar y se guardó el resto. Levantó las paredes, cerró la casa y entregó las llaves. Por fuera, parecía lista.



Entonces llegó la sorpresa. Al recibir las llaves, el dueño dijo: “Esta casa es tuya”. La casa construida con materiales frágiles se convirtió en el hogar que el propio albañil tendría que habitar. Atónito, confesó que, si hubiera sabido que era para él, habría usado lo mejor. En ese instante cayó la máscara de la ambición y la verdad quedó expuesta: qué fácil el corazón se vuelve falso, envidioso, dispuesto a robar

oportunidades con atajos pequeños. La misma jugada que parecía astuta lo hizo heredar su propia infidelidad.

Mientras escuchaba, recordé lo que enseña la Escritura sobre edificar en la arena o sobre la roca. Quien levanta la vida en suelo suelto, sin base, ve todo derrumbarse cuando cae la lluvia y sopla el viento. Pero quien construye sobre el fundamento correcto permanece. La lección atravesó mi alma: Dios también pone llaves en mis manos. Mi vida es una casa confiada a mí por el Dueño de todas las cosas. Y Él vendrá a visitarme. Por eso debo mantener la casa limpia, el corazón íntegro, el cuerpo y la mente intactos delante del Señor. La tormenta puede venir —y vendrá—, pero la fidelidad es la base que no cede.

La fidelidad no es una opción: es un fundamento. No es adorno para días buenos; es estructura para días malos. Es decir no a la envidia, a los celos, al camino fácil para salir ganando. Es rechazar la falsedad que sonrío por fuera y se pudre por dentro. Es recordar que el sol y el cielo son para todos, que Dios no mide con dos varas y que su justicia no se dobla a nuestra conveniencia.

El testimonio también me alcanzó en la cotidianidad de lo pequeño. Si horneo un pastel para Fulano, porque le tengo cariño, que sea el mejor. Pero si el pastel es para Ciclana —aunque no haya amistad—, que lleve el mismo cuidado, el mismo esmero, la misma medida generosa. Todo para uno, por igual. Porque Dios, el Todopoderoso, nos trata sin parcialidad. Cuando elijo dar menos porque “no es para mí”, en el fondo estoy construyendo con material barato la casa donde yo mismo viviré.

Dios exige fidelidad hoy, no mañana. En lo que nadie ve. En el presupuesto, en la palabra empeñada, en cómo trato a quien no puede devolverme nada. La casa que levanto con decisiones pequeñas se convierte, con el tiempo, en el lugar donde habito. Y el Dueño conoce cada ladrillo. Sabe si la arena fue bien cernida, si la mezcla se hizo como corresponde, si la losa aguanta el peso de los días malos. Él lo sabe, y aun así nos confía las llaves. Eso me humilla y me libera.

Salí de la iglesia con el corazón ligero y firme a la vez. De veras me alegré. Gloria a Dios. Decidí vigilar las pequeñas elecciones, honrar lo que no se ve y rechazar todo atajo que me empobrezca por dentro. Elegí construir con lo mejor, no porque otros merezcan más o menos, sino porque el Señor merece la verdad de mi

corazón. Que mi casa permanezca cuando sople el viento. Y que, cuando llegue el Dueño, encuentre puertas limpias, cimientos fieles y un morador agradecido. Porque la fidelidad no adorna la vida: la sostiene.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-630569d3-es>

¡Amor, herida y el obrar del enemigo! ¡Dios habla!

Testimonio: Samuel

Anoche, Dios me dio una lección que atravesó mi sueño como un resplandor. Fue un sueño, sí, pero parecía Palabra viva alcanzándome por dentro. Yo caminaba con mi esposa por la acera cuando, de repente, ella lanzó un osito de peluche a un paso de peatones y nuestra hija corrió detrás de él. Venía un coche y yo me llené de pavor. En el sobresalto, reprendí duramente a mi esposa. Ella reaccionó en defensa propia. Mis palabras la hirieron, su respuesta me hirió de vuelta, y la escena parecía alimentar un ciclo que el enemigo observaba desde primera fila, divirtiéndose con la discordia que nacía.



Allí, todavía en el sueño, el Señor me hizo detenerme y mirar hacia dentro. En vez de acusar, tuve que reconocerlo: el comienzo del mal no estaba en el error del otro, sino en la ausencia de amor en mis palabras. Me faltó misericordia. Si yo hubiera recordado que ella, igual que yo, es humana y falible, la habría corregido con amor, no la habría juzgado ni crucificado. Como yo no llevaba eso dentro de mí, el enemigo me usó para sembrar herida. Fue duro admitirlo, pero liberador verlo.

Desperté con esa verdad ardiendo dentro de mí. Todavía acostado, crucé pocas palabras con mi esposa y, sin darme cuenta, respondí con aspereza. Ella, con una dulzura que me desarmó, me dijo: “Voy a decirte algo, pero no lo tomes a mal: abre tu boca para hablar palabras dulces.” Era Dios confirmando el sueño dentro de mi propia casa. Me quedé en silencio. Acababa de ser alcanzado por la misma corrección dos veces: en el sueño y allí, por boca de la persona que amo.

Volví a dormirme y oré: Padre, ¿cómo hago para llevar estas revelaciones del sueño y también de mi tiempo devocional a mi vida real? ¿Cómo las practico? La respuesta fue simple y firme, como quien ordena los pasos: “Practica, practica, practica. Estudia, inclínate, camina conmigo. No existe magia; existe dependencia.” Entendí que la transformación no es un golpe de suerte; es una escuela de misericordia. Es entrenamiento diario guiado por el Espíritu.

Más tarde, las palabras de una hermana en Cristo, Ruth, llegaron como confirmación. Me dijo que no es fácil, que es el verdadero amor el que echa fuera el miedo que nos hace explotar. Contó que vivió un tiempo en el que reaccionaba por cualquier cosa. Su hermana, con amor, le dijo: “Ruth, ni siquiera logras amarte a ti misma.” Y ella respondió por dentro: no era que no supiera amarse; se había olvidado de sí misma, herida por personas que la lastimaron. Se volvió dura para que nadie se acercara y la hiriera otra vez y, en esa defensa, se convirtió en aquello que no quería ser. Entonces oró: “Dios, sin Ti soy horrible. Entra en mi vida de una manera tal que esto no vuelva a pasar.”

Ella aprendió, y me enseñó, que esto es de todos los días. El amor del Señor se renueva cada mañana, pero si yo no lo pido, vuelvo al hombre tosco que fui. El mundo yace en el maligno; el hombre sin Dios no es bueno. Con Dios, las buenas actitudes florecen. Por eso, una oración sencilla necesita abrir el día: “Señor, gracias porque estoy aquí. Renueva en mí Tu amor.” De ese amor salen palabras dulces; de lo contrario, la lengua se vuelve una corriente que arrastra todo.

Hoy reconozco la estrategia del enemigo: encender pequeñas chispas para que mi boca se convierta en incendio. Pero también reconozco el camino de Dios: detenerme, mirar hacia dentro, arrepentirme rápido, escoger la misericordia en lugar de la acusación, y depender de Él. El entrenamiento del cielo tiene una banda sonora: práctica, práctica, práctica. Y no es una carga; es gracia que me sostiene mientras aprendo a hablar vida allí donde antes derramaba amargura.

Si tú también te ves en este espejo—herido que hiere, cansado de explotar—hay esperanza. Clama con sinceridad: “Padre, renueva hoy Tu amor en mí. Enséñame a practicar. Líbrame del obrar del enemigo. Dame palabras que sanen.” No existe magia. Existe dependencia. Y, en esa dependencia, el Dios que me habló en el sueño y por boca de mi esposa quiere hablarte ahora, calmando tu corazón y guiando tus pasos. Que desde hoy, cuando abras la boca, sea para hablar palabras dulces.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-a2faaeb1-es>

¿La Biblia en el celular es buena?

Testimonio: Marineide

En el instante en que me puse de pie para ministrar la Palabra y pedí: "Abran la Biblia", dolió el silencio de las páginas. Casi nadie traía la Biblia en las manos. El celular ha ido ocupando lugar dentro de la iglesia; la aplicación siempre está allí y el texto aparece en la pantalla. Pero aquella escena me preguntó por dentro: ¿cómo venceremos al mal si no llevamos la Biblia en la mano, si no la guardamos en la mente y en el corazón?

Lo sé: la Biblia que realmente transforma es la que baja de la mente al corazón. Aun así, hay algo sagrado en el peso del Libro entre los dedos, en el gesto sencillo de llevarlo con nosotros. Recuerdo haber crecido viendo a la gente caminar con la Biblia bajo el brazo. Aquello predicaba antes de cualquier sermón: la Palabra es nuestra verdadera arma, nuestra espada. Y la espada no se esconde como un icono en la pantalla; es palpable, visible, testimonio.



En algunos lugares, alguien daría todo por tener una Biblia en la mano. No para exhibirla como trofeo, sino para mostrarla como compañía indispensable — el único libro que da gusto colocar en el bolso. ¿Por qué, entonces, donde podemos tenerla, nos conformamos con atajos?

No desprecio la tecnología. Ya usé la aplicación; ya seguí versículos proyectados. Dios habla por medio de Su Palabra — impresa o en la pantalla. Pero oí un llamado simple en el corazón: trae la Biblia. Tócala. Ábrela. Deja que su presencia declare, como en el bautismo, nuestro amor y nuestra entrega: amo la Palabra de Dios, amo a Dios, y a Él me rindo.

Que el celular nos sirva y no nos sustituya. Que la Escritura permanezca en la mano, en la mente y en el corazón. Porque el arma que vence al mal no es nuestra conveniencia, sino la Palabra viva — vista, leída y vivida.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-8854b4e4-es>

Fija los Ojos en lo Alto y Permanece Firme

Testimonio: Rute

Hoy, un hermano se acercó a mí y abrió su corazón. Dijo que la visión que algunos tienen de lo que Dios viene haciendo en su vida es completamente diferente de lo que él realmente está viviendo. Para algunos, por estar presente cada mañana en los devocionales, casi parece que se siente perfecto. Y eso le hiere, porque lo que hemos estado repitiendo es justamente lo contrario: no somos perfectos; necesitamos a Dios todos los días. Él teme que, en vez de edificar, a veces transmitamos una idea opuesta. Queremos acercar a las personas a Cristo, pero, a veces, parece que hacemos lo contrario y terminamos alejándolas.



Lo miré y, con amor, le recordé: ni siquiera Jesús, que es perfecto — Él fue y es perfecto, nunca falló, siempre supo qué decir — fue plenamente creído. El Perfecto fue juzgado y condenado. Entonces, ¿por qué nosotros, seres humanos que tantas veces no sabemos qué decir, habríamos de estar siempre en lo correcto? Es imposible. Lo que podemos y debemos hacer es buscar lo mejor de nosotros, ofrecer lo que tenemos y pedirle a Dios que ese mejor también sirva a alguien. No siempre sucederá. Y está bien: la obra es de Él.

Los de casa normalmente son los primeros en señalar nuestros errores. Conocen un poco más de nuestra historia y, por eso, muchas veces no nos ven como los demás nos ven. Incluso cuando ya fallamos, nos arrepentimos y corregimos el rumbo, solo Dios puede devolver una nueva mirada a su corazón — o cuando ellos mismos decidan ver de otra manera. A veces, un gesto del pasado dejó en ellos una lente empañada. El Señor ya cambió nuestra historia, pero ellos todavía no lo han visto. Cuando lo vean, lo reconocerán y dirán: “Guau... para la gloria de Dios.”

Él también me habló de que estamos registrando aprendizajes en libros, porque hay quienes tienen dificultad para entrar en el devocional. Al leer, tal vez logren acceder a un poco de lo que el Señor nos enseña. Aun así, lo que le asusta es ser endiosado, como si la constancia y el servicio lo hicieran más que humano. Yo le respondí: no temas, pero vigila. Hay quienes se acercan con amor y bondad y, sin embargo, no son verdaderos. Fija tus ojos en Dios. Cuando los ojos están en lo alto, el corazón permanece; cuando la mirada está fija en Cristo, nada nos arranca del lugar donde Él nos plantó.

El sábado, en un devocional, algo ardió con fuerza en mi corazón. Recordé a Rut, que se posicionó a los pies de Booz. Esa es nuestra posición delante de Jesús: a Sus pies, mirando hacia lo alto, buscando Sus ojos. Cuando nuestra mirada está conectada con la Suya, somos guardados. Se lo conté a mi madre. Cuando ella se entristece porque un hijo no llamó o no respondió, le digo: “Mamá, arrodíllate como Rut, mira hacia arriba y pídele a tu Redentor que te rescate.” Él nunca nos abandona. Nunca. Si estamos en la posición correcta — a los pies de Jesús —, la gracia nos sostiene y la paz nos afirma.

Escribo estas líneas para mi hermano y para ti que lees. Si el peso de la mirada ajena te ha estado aplastando, si el miedo a equivocarte te paraliza, vuelve hoy al lugar correcto. Ponte a los pies de Jesús. Mira hacia lo alto. Deja que Sus ojos encuentren los tuyos. Él es el Redentor: cuando Él sostiene nuestra historia, ningún mal prevalece, ninguna opinión nos define, ningún aplauso nos confunde. A los pies de Cristo, permanecemos firmes — y es allí donde aprendemos, día tras día, a amar sin miedo y a vivir para la gloria de Dios.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-a5a51404-es>

¿Cuál es el mayor orgullo de un padre?

Testimonio: Jurandir

Estoy seguro: el placer de un padre es ver bien a su hijo — un hombre honesto, decente, cumplidor de sus deberes; alguien que cuida de su familia y corre por lo correcto. Ese es el mayor orgullo de todo padre.

Yo soy padre. Y, como todo padre, llevo dentro el impulso de enseñar lo que sé. Es lo que puedo ofrecer: el oficio de mis manos, las lecciones que la vida me dio, lo poco y lo mucho que aprendí. Si mi hijo seguirá mi camino o abrirá el suyo, la vida lo mostrará. Pero mi deseo permanece: que sea un hombre de bien y que podamos caminar cerca, corazón con corazón.



Cuando medito en Salomón, una pregunta me atraviesa: ¿habrá un hijo que, siendo aún joven, ore así — ‘Señor, dame sabiduría para seguir los pasos de mi padre’? Duele admitir que, a veces, esa mirada se pierde. Hay jóvenes que no preservan, no cuidan, no piden sabiduría para honrar el legado recibido. Y hay padres que, en silencio, guardan esa oración por ellos.

Llega un momento en que uno mira hacia atrás y susurra: ‘Caramba, ¿será que le di orgullo a mi padre?’. Salomón, al mirar su historia, quizá haya pensado: ‘Mi padre no vio hasta dónde llegué, pero se sentiría orgulloso.’ Y yo me veo en esa

escena. Porque un padre verdadero es capaz de decir: 'Mi hijo no fue lo que yo imaginaba para él, pero estoy orgulloso.' El título importa menos; importa el carácter. Importa ver al hijo firme en lo correcto, fiel a lo que prometió, atento a lo que de verdad cuenta.

Yo sé que el ser humano es egoísta por naturaleza. Pero, en la paternidad, algo se invierte: el corazón normal de un padre desea que el hijo vaya más lejos de lo que él fue. Que supere los límites que lo detuvieron. Que la descendencia sea fuerte, que el legado sea honrado — no por la gloria del padre, sino para que la historia de la familia avance en dirección al bien.

Delante de Dios, encuentro la respuesta que me sostiene: el mayor orgullo del Padre es ver hijos que escogen el camino correcto, que piden sabiduría, que viven con honestidad y amor. La gracia de Cristo sana nuestro egoísmo, nos reconcilia con el Padre y nos capacita para cuidar del hogar, cumplir con el deber y practicar la justicia con misericordia. Si fallo, hay perdón. Si acierto, es porque Él me sostuvo.

Hoy, como padre y como hijo, hago una oración sencilla: 'Señor, dame sabiduría para cuidar, servir y correr por lo correcto. Que mis hijos vayan más allá de mí y que, al ir más lejos, honren lo que recibieron. Que Tu alegría sea el mayor orgullo de nuestra casa'.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-b75ce460-es>

¿Dios permite el placer en las cosas buenas de la vida?

Testimonio: Samuel

Seré sincero: muchas veces, al estudiar el Evangelio—sobre todo el Nuevo Testamento—sentí el peso del llamado de Jesús: ir y hacer discípulos, llevar la Palabra, negarme a mí mismo, morir para que Él viva en mí. Sabía que seguir a Cristo es renuncia, entrega, cruz. Y durante mucho tiempo temí que cualquier alegría terrenal sonara a distracción.

Entonces, Salomón me sorprendió con otra perspectiva: postrarme ante Dios, reverenciarlo, poner al Señor en primer lugar, y aun así alegrarme en la obra de mis manos, disfrutar del aliento de vida, de las oportunidades y hasta de mis pasatiempos, siempre que todo camine en armonía con los principios de Dios. Leí: "Vi que no hay cosa mejor que alegrarse el hombre en sus obras, porque esa es su recompensa. ¿Quién lo hará volver para ver lo que será después de él?" (v. 22) Esas palabras me hallaron como una ventana abierta de par en par.



Con sabiduría, sin avaricia, sin la locura de levantar un imperio, de querer ser un dios o de alzar otra torre de Babel; simplemente ocupar mi lugar delante del Señor y, desde allí, alegrarme en las pequeñas obras que Él me permite realizar aquí.

Nunca había visto esto en la Palabra. La primera vez. Y fue liberador. Revelador. Descubrir que Dios no solo me llama a dedicarle todo—a evangelizar, a llevar Su Palabra, a hacer lo que a Él le agrada—sino que también aprueba que disfrute, con gozo y gratitud, lo que me gusta hacer, lo que me da placer, cuando late al compás de Su corazón.

No se trata de impresionar a Dios con predicaciones bonitas, ni de compartir para aparentar. Él conoce las intenciones. Él nos desenmascara cuando solo queremos exhibirnos. Ningún escenario sostiene a un corazón vacío de obediencia.

Pero hay descanso para quien se rinde. Jesucristo, inocente, pagó por todos nuestros pecados. Exactamente así. Por causa de Él, puedo trabajar, crear, descansar y alegrarme; no como quien construye su propia gloria, sino como quien responde a la gracia.

Hoy elijo seguir obedeciendo el “id”, poniendo a Dios por encima de todo, y también hacer espacio para el gozo sencillo de las tareas y de los pasatiempos que Él mismo me dio. Quiero que cada respiración, cada pequeña obra, sea un altar. Que mi vida proclame la Palabra, y que mi placer, purificado y sin avaricia, sea otra forma de decir: Tú eres el primero, Señor.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-a5621a59-es>

La Biblia no es una lotería espiritual

Testimonio: Jurandir

Yo necesitaba una respuesta. No era una simple curiosidad: era un nudo apretando mi pecho, una demanda que me quitaba el sueño y me volvía irritable. Entré en mi cuarto—mi rincón de oración, ese espacio que he guardado en cada casa—con la Biblia bajo el brazo y el alma ardiendo. Cerré la puerta, me arrodillé y la puse delante de mí. Pensé en hacer lo que muchos hacen: abrirla al azar, buscando un versículo como quien busca un billete premiado. Lo admito, a veces parece funcionar; otras veces, no. Y yo estaba listo para girar esa ruleta del cielo.



Antes de pronunciar palabra, el Espíritu Santo susurró en mi mente con una firmeza que me atravesó: "Siervo, ¿harás de Mi Palabra una lotería? He aquí, veo tu necesidad, conozco tu situación, y sobre esto contigo no hablo." La Biblia se quedó cerrada. Yo seguí de rodillas, y la habitación, de repente, pareció encogerse. Las paredes se acercaron. Temí levantar la cabeza—¿y si me encontraba frente a frente con un ángel de espada llameante? Quedé inmóvil, avergonzado, como quien es sorprendido intentando forzar lo que solo debe recibirse. La voz fue incisiva—amorosa y cortante a la vez. Dios veía. Dios sabía. Pero no me hablaría de eso—no de ese modo, no en ese momento.

Me levanté en silencio. El problema continuó; la situación siguió igual. La vida siguió, pero una lección se grabó en mí: la Biblia no es una lotería espiritual. La Palabra de Dios no me fue dada para manipularla según mi urgencia. Me fue dada para que ella me lea, me juzgue y me guíe. Entre mi prisa y el tiempo de Dios hay un valle llamado obediencia, y suele recorrerse con pasos de paciencia.

Más de un año después, visité a un hermano. Nos había invitado a la iglesia; fuimos a la escuela dominical y luego almorzamos en su casa. Allí, su madre tenía un problema de salud, y nos reunimos para orar. Su hermano, un hombre pentecostal usado por Dios, fue tomado en oración y dijo: "Siervo, pensaste que venías aquí para una simple visita, pero he aquí, ahora hablo contigo." En ese instante, el Señor sacó a la luz justamente aquel asunto antiguo, aquella herida que cargaba desde el día en que quise convertir la Biblia en ruleta. Yo ya lloraba por otra situación—un testimonio para otra ocasión—y aun así Dios, con precisión de Padre, tocó el punto exacto, en Su tiempo, a Su manera.

Entonces el salmo que tantas veces leí pareció hacerse carne: "Pacientemente esperé en el Señor". La paciencia del salmista siempre me ha asombrado—a veces hasta la envidia—porque esperar duele. Esperar es morir al atajo, silenciar el grito de la ansiedad y confiar en que Dios no llega tarde. No se trata de mí ni de mi necesidad de controlar lo que solo el cielo puede dirigir. Se trata de Él: soberano, santo, presente, conduciendo la historia con una sabiduría que no cabe en mis atajos.

En aquella primera corrección aprendí que Dios no cede a mis impulsos religiosos. No me llamó al exhibicionismo espiritual; me arrincona contra la pared de la verdad y me llama al arrepentimiento. El azar no tiene voz en el trono. Cuando intenté girar la suerte sobre las páginas, el Espíritu me hizo callar para sanarme. Cuando solté el control, Él habló—y habló en el momento justo, con testigos, en la sencillez de un hogar donde el dolor nos puso de rodillas.

Hoy, si pudiera colocar un aviso en la portada de mi Biblia, diría: No la uses como oráculo de suerte. Ábrela para ser confrontado, consolado y dirigido. Ábrela para oír la voz del Buen Pastor, y también para aceptar cuando Él calla—porque hasta Su silencio nos educa. El Dios que ve nuestra necesidad no es rehén de nuestra prisa. Nos ama demasiado como para negociar Su Palabra.

Y porque nos ama, envió a Jesús. Cristo, el inocente, pagó por todos nuestros pecados. A la sombra de la cruz, mi prisa muere y mi corazón aprende a esperar. Si estás intentando encontrar, al azar, un versículo que borre tu angustia, detente un momento. Lleva tu dolor a la presencia de Dios, confiesa tu culpa, cree en el sacrificio de Jesús y entrégate al tiempo del Espíritu. Él conoce tu situación. Él ve. Y en el día justo, de la manera correcta, Él habla. Hasta entonces, permanece a Sus pies—con la Biblia abierta para que Dios te lea y el corazón abierto para obedecer.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-27f45680-es>

¡Participa con nosotros!

Únete al grupo de WhatsApp de GodMakes y visita el sitio para seguir las novedades, los estudios bíblicos de cada capítulo y libro de la Biblia, conocer las misiones que apoyamos, contribuir y también leer nuevos libros.

Escanea el código QR para entrar al grupo devocional:



Enlace del grupo devocional de WhatsApp:

http://tiny.cc/devocional_es

Sitio: <https://godmakes.com>